

INTRODUCCIÓN

Beatriz Suárez Briones

Este texto es un homenaje, ahora que se cumplen diez años de su muerte, a la persona y la obra de Monique Wittig (1935-2003). También es el producto de ciertas y felices confluencias, de esas extraordinarias confluencias que el azar y la voluntad a la vez hacen posibles; la primera, mi amistad de años tan fecunda y tan enriquecedora con María Jesús Fariña Busto y Elvira Burgos Díaz. De ella nacieron con el tiempo espacios de intercambio de ideas y de emociones, de afectos y complicidades. Cuando pensé que ya era hora de que nos embarcásemos en un proyecto de investigación tan necesario y tan sin hacer en el Estado español como este, las convoqué. De esta convocatoria surgieron también los nombres de Isabel Balza Múgica, Aránzazu Hernández Piñero y Gracia Trujillo Barbadillo, amigas de menos tiempo pero compañeras de las mismas batallas. El círculo se había cerrado. En 2009 el entonces MICINN nos concedió financiación para el proyecto «Feminismos lesbianos y queer: representación, visibilidad y políticas» (FEM2009-12946), una de cuyas materializaciones es este libro.

¿Por qué Monique Wittig? Literalmente, porque partimos de aquí; porque nos parecía que su figura no está lo suficientemente reconocida (ni conocida siquiera) en el Estado español más allá del mantra «las lesbianas no son mujeres» que se repite en los circuitos lesbiqueer. Porque este apotegma¹ merecía ser puesto en su contexto,

1. Y no nos perdamos la definición que da el DRAE, institución paladín del inmovilismo lingüístico y enemiga donde las haya no solo del feminismo sino de la inteligencia misma, de esta figura de pensamiento: «*apotegma*. (Del lat. *apophthegma*, y este del gr. *ἀπόφθεγμα*). 1. m. Dicho breve y sentencioso; dicho feliz, generalmente el que tiene celebridad por haberlo proferido o escrito algún hombre ilustre o por cualquier otro concepto».



ser desarrollado, ser debatido y entendido; porque merecía la pena empezar por el principio y el principio, «si es que alguna vez hubo un principio», como dice Monique Wittig al comienzo del *Borrador para un diccionario de los amantes*, fue este. Dedicamos a Monique Wittig un seminario, que nos obligó a pensar, a matizar, a explicar mejor nuestras posturas y a entendernos.

En esta Introducción a la obra conjunta a la que precede no pretendo trazar una línea de coherencia entre los distintos ensayos; sí quiero señalar, más bien, líneas de fuga hacia un horizonte de interpretaciones posibles, porque un texto conjunto es, por definición, polifónico. Es verdad (no podía ser de otro modo) que todas seguimos las cuestiones más incisivas que plantea Monique Wittig, pero lo hacemos según nuestras trayectorias personales diversas: *qué* es la lesbiana, *quién* es, *para qué* sirve la lesbiana; cómo la palabra es un *caballo de guerra* con que demoler el heteropatriarcado; y, finalmente, cómo plantearnos políticas, micropolíticas, postwittigianas que miran el presente y el futuro y *realizan* (creo, con Wittig, que la palabra es siempre realizativa) otro presente y otro futuro posibles.

Mi texto y el de Gracia Trujillo Barbadillo dialogan muy cercanos, por lo que abren y cierran el presente volumen; ambos trazan escenarios antes y después de Wittig, a la que enmarcan dentro de su contexto y proyectan hacia delante en el tiempo, a nuestro contexto. Funcionan al modo del marco de los cuentos enmarcados de la Edad Media, como una especie de *Calila e Dimna*² del siglo XXI. Todas las que aquí escribimos lo hacemos después de Judith Butler. Mi trabajo, sin embargo, quiere defender que Wittig estuvo *antes*; que nada de lo que vino después habría sido posible sin Wittig (o, desde luego, no de la misma forma). Y está Wittig (y está Butler) en mi defensa de la alteridad, en mi compromiso (que es

2. Y que en el *Calila e Dimna* dialoguen dos chacales tampoco deja de tener su gracia: «chacal» es una palabra «epicena», esa que, con el género gramatical que tenga, designa a seres de los distintos sexos. Tal vez más que «lobas» seamos «chacales». Una especie que añadir a las «multitudes queer» que proponía Beatriz Preciado en su «Multitudes queer: notas para una política de los «anormales»»: «Una multitud de cuerpos: cuerpos transgéneros, hombres sin pene, bolleras lobo, ciborgs, femmes, butchs, maricas, lesbianas... La «multitud sexual» aparece como el sujeto posible de la política queer» (2003, p. 1).





también el de todas las que aquí participamos) con hacer posible un(os) lenguaje(s) que nos restituyan y defiendan a las lesbianas en tanto que sujetos excéntricos y vulnerables³ que somos, pero a la vez sujetos empoderados porque tenemos el poder de la palabra; o precisamente empoderadas porque vamos a defender con nuestras vidas (aquí con nuestras palabras) las vidas que también importan, las vidas no normativas y que se viven y que se piensan en un afuera vulnerable, sí, pero también tremendamente productivo.

El ensayo de Elvira Burgos Díaz se formula como una indagación sobre preguntas que abren los textos de Wittig: en qué sentidos las lesbianas son mujeres y en qué sentidos no lo son; el carácter literal o metafórico de su recurso a la lesbiana; si su pensamiento defiende, y en qué dirección, la noción de un sujeto humanista descorporalizado, no marcado por el sexo ni por el género; si el lesbianismo configura una subjetividad específica que distancia radicalmente a las mujeres lesbianas de las heterosexuales; sobre la cercanía o lejanía de su pensamiento con la fórmula de Rich sobre el «continuum lesbiano». Cada una de estas cuestiones proyecta toda una constelación de problemas y vehicula herramientas hábiles para la acción transformadora. Burgos recoge finalmente la llamada wittigiana a lesbianizar el mundo, que defiende como una *escandalosa* apuesta por dar vida a un modo distinto de comprensión de lo humano radicalmente más habitable. Para ello comienza por ubicar *su* posición de lectura (recordemos que leer es una de las manifestaciones de vivir, de estar en el mundo como ser viviente y actuante) afirmando la relevancia del lesbianismo; para ella, es una cuestión de primer orden cuando se aborda un pensar sobre lo humano. El lesbianismo es necesario para comprender el modo en que se articula lo humano en nuestra cultura. La lesbiana nos habla de sí misma y al hacer esto nos habla al mismo tiempo de las identidades que no se autodenominan lesbianas. Por esto Elvira Burgos defiende que universalizar el punto de vista lesbiano, lesbianizar el mundo supone un asalto a la categoría de lo humano diseñada por «el pensamiento heterosexual»; es, para

3. Asumo y me parece valiosísima la aportación de Judith Butler sobre la precariedad de ciertas vidas en uno de sus últimos libros, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas* (2010).





ella, un escándalo que conmueve estructuras y pone en duda nuestros asentados principios epistemológicos y ontológicos.

El trabajo de Isabel Balza Múgica ubica el «cuerpo lesbiano» de Wittig, pionero y anterior a estos otros en el tiempo, entre los otros cuerpos y *corpus* de pensamiento posgenérico: el cuerpo queer de Butler, el cyborg de Haraway y el sujeto nómade de Braidotti. Todos ellos comparten el hecho de ser figuras híbridas, que muestran notas características de la monstruosidad o alteridad radicalmente *otra*. Las aportaciones del posfeminismo, del feminismo queer, centradas en debatir sobre la constitución subjetiva excluida de la norma naturalizada, permiten examinar cómo se construye la figura del *otro*. Para Balza, la categoría de *monstruo* sirve para pensar la subjetividad posfeminista del cuerpo biopolítico contemporáneo. Porque la figura del monstruo permite construir el sujeto posfeminista, cuya identidad híbrida, variable y múltiple cuestiona la norma cultural, social o médica, ya sea de género, etnia, sexuación e incluso de especie, ya que, desde los márgenes en los que se sitúa, siempre la cuestiona y la transgrede, permitiendo crear un nuevo espacio subjetivo que puede ser habitado por cualquier cuerpo. En este sentido, Balza muestra que la figura del monstruo va a servir a Monique Wittig para construir su categoría de lesbiana, en tanto que sujeto de resistencia ante el pensamiento normalizado. Wittig lleva a cabo un ejercicio de demolición del cuerpo de la mujer-lesbiana, necesario para articular el nuevo sujeto-cuerpo lesbiano, en tanto que trasciende las categorías asociadas al sujeto lesbiano histórico. Esta destrucción del cuerpo femenino es una destrucción del lugar que ha tenido el cuerpo de la mujer en el sistema de la heterosexualidad, es una destrucción de los modos de la subjetividad femenina que han sido posibles en la historia del pensamiento. La obra de Wittig es una búsqueda de un nuevo cuerpo que soporte una nueva subjetividad: el cuerpo lesbiano que dé cabida al nuevo sujeto lesbiano, en tanto que sujeto universal crítico, que trasciende las marcas de género y de sexuación.

Toda la obra de Wittig está dedicada a dismantelar las categorías naturales y dismantelar el lenguaje del género. El género gramatical es para Wittig expresión del género sexual y también elemento que materializa la organización en clases sexuales. De ahí que persista en afirmar la necesidad de evitar en el lenguaje el género gramatical,





como instrumento privilegiado para el derrocamiento del sistema social de sexos-géneros; ambas cosas son inseparables, están tejidas como entramado de toda la obra wittigiana, y al análisis del trabajo de desmantelamiento del género en el lenguaje dedica su ensayo María Jesús Fariña Busto.

Fariña Busto insiste en cómo, para Wittig, el primer contrato social, permanente y definitivo, es el lenguaje, que jamás está «en bruto» sino saturado de sentido; por eso ella reclama que es preciso *brutificarlo*, vaciarlo de los sentidos dados, previstos, hacia nuevas formas no surgidas todavía, de las que forzosamente se desprenderá un sentido nuevo que tampoco existe aún; y si hay un paraíso del contrato social, está en la literatura, pues es ahí donde se puede girar los tropos, los tropismos para desproveerlos de su sentido banal y social, volviéndolos a un estado bruto desde el cual constituirlos en detonantes de transformación, una suerte de liberación previa a su condición de máquinas de guerra. Porque la literatura es un caballo de Troya, una máquina de guerra para desmantelar la marca de género, una marca que, según Wittig, niega a las mujeres la posibilidad de generalizar su punto de vista, al coaccionarlas a transparentar su sexo (no cualquier otra variable), privándolas «de cualquier aspiración a un discurso abstracto, filosófico o político, que son los que dan forma al cuerpo social» (2006, p. 108). La consecuencia es obvia: hay que «destruir el género totalmente», una acción que, expresivamente, «cuenta con todos los medios para cumplirse a través del uso mismo del lenguaje» y que se constituye en tarea de la que hay que ocuparse en el trabajo del *taller literario*. Según Fariña Busto, la insistencia de Wittig en la idea de universalizar lo particular es un modo de sacar de la opresión a los sujetos *marcados* por el pensamiento heterosexual.

La lesbiana de Wittig ¿es metáfora o es real? Que esta no es una lesbiana metafórica lo prueba también el texto de Aránzazu Hernández Piñero. Ella, como María Jesús Fariña Busto, lleva a cabo una lectura microscópica, un verdadero *close reading* que nos acerca la obra en su literalidad y que nos ata, en cierto sentido, a los sentidos de Wittig. Que queramos leer otra cosa es nuestra (ir)responsabilidad. Para entender el potencial lesbiano de la palabra lesbiana (y del cuerpo lesbiano) Hernández Piñero compara la expresión del deseo lesbiano en *El libro de Prometea*, de Hélène





Cixous, y en *El cuerpo lesbiano*, de Monique Wittig, y constata que la escritura del deseo lesbiano supone una transformación de la escritura misma, transformación que las autoras ponen en juego sirviéndose de un continuado trabajo con los pronombres personales y una radical recreación de la corporalidad femenina a través, por un lado, de la reflexión acerca del lugar del yo, llevada a cabo mediante los juegos con los pronombres personales; y, por otro, a través de la creación de metáforas del deseo lesbiano a partir de la relación entre los cuerpos de las amantes, lo que implica, en la obra de las autoras, una intensa labor acerca del sentido, límites y posibilidades de la metáfora. En el caso de Wittig, si bien los términos «mujer» y «mujeres» se hallan ausentes del texto, se emplea de manera reiterada a lo largo de toda la obra el género gramatical femenino y, en varias ocasiones, el adjetivo «femeninas». Además, los cuerpos que Wittig sitúa bajo el escarpelo de su escritura son los cuerpos vivos de las amantes. Los fluidos corporales, presentes a lo largo de toda la obra, son también «femeninos» —muy especialmente la referencia en varios momentos a la ciproina. Wittig describe un cuerpo en carne viva y no en metáfora. Este cuerpo, despedazado, sin metáforas, permite a Wittig ensayar un acercamiento «práctico y pragmático sin sentimentalismo ni romanticismo» (2005, p. 46). De este modo, deconstruye el discurso heterosexista del amor, reconceptualiza el cuerpo femenino en tanto que cuerpo lesbiano y reconfigura el deseo y el amor lesbianos. Como han señalado numerosas estudiosas, el lenguaje de la disección constituye una poderosa forma de reerotización del cuerpo femenino, que había sido heterosexualizado a través de un proceso de cosificación articulado en torno a la parcelación y la genitalización. Si bien el sexo aparece, a la luz del análisis de Wittig, como una categoría política, sería problemático atribuir a la escritora francesa la negación de la existencia de «un cuerpo real» o, si preferimos, «un referente literal».

Gracia Trujillo Barbadillo cierra el recorrido por la figura y la obra de Wittig. Su trabajo, como he señalado al principio, es panorámico, aunque mira sobre todo hacia el *para qué* sirve Monique Wittig. Resalta que la destrucción de las categorías existentes es, como defiende Wittig, la estrategia de liberación que tienen que poner en marcha las mujeres si quieren pensar y cambiar, de manera radical, las cosas. La lesbiana de Wittig es un sujeto en fuga, como





las múltiples subjetividades que van a reivindicar los feminismos queer, según Trujillo: la de las lesbianas, que se desidentifican de las mujeres, la de los sujetos transgénero que no son ni mujeres ni hombres, la de los maricas que no son hombres. Esta es la proliferación de identidades y cuerpos abyectos a la que se refiere Butler; más allá de las categorías binarias, la lesbiana que propone Wittig no es una identidad fija y homogénea, sino un espacio que posibilitaría otras subjetividades. Se trata de un sujeto con una corporalidad que dinamita la diferencia sexual. Por eso, con Wittig, Trujillo insiste en que las lesbianas no somos «mujeres»; rehusamos definirnos con relación a los hombres; existen diversas maneras de autodefinirnos que no solo no entran en la categoría mujeres, sino que huyen de ella. Nos escapamos del contrato social heterosexual: la guerrera, la amazona violenta, la lesbiana errante no mujer de Wittig son figuras que estarían evocando más ese «devenir» entre cuerpos, afectos, prácticas sexuales no naturalizadas y por ello maleables, cambiantes, subversivas. Somos, dice Trujillo, «las otras»: sujetos y discursos no victimistas, que toman/tomamos la voz. Wittig ha sido una precursora e inspiradora de muchos de los planteamientos que han ido *queerizando* el feminismo.

Mirar al presente y al futuro implica interrogarse acerca de las cuestiones pendientes sobre las que toca seguir pensando y debatiendo. Una es cómo utilizar las identidades (bollera, marica, transgénero) como estrategias políticas en el contexto de la disolución de las identidades. Otra es cómo seguir generando espacios de resistencia y de movilización a partir de identidades no binarias. Lo que parece bastante claro, en opinión de Trujillo, es que, para que el feminismo tenga una posición trans-gresora, vanguardista, en cuestión de sexualidades, necesitaríamos acabar realmente con el concepto de género como sinónimo de (bio) mujeres y sacarlo, de una vez por todas, del marco de la heteronormatividad.

Para finalizar, deseo señalar también que todas las que aquí escribimos somos académicas pero somos activistas; estas dos esferas también son inextricables: nuestra palabra aquí, por muy homenaje debido a Monique Wittig que sea, es también la toma de su relevo. He oído muchas veces hablar con desesperanza de la falta de relevo del feminismo. Este libro confirma que no es cierto: nuestras distintas procedencias, geográficas y de formación académica, nuestras



distintas edades y peripecias vitales, nuestras preferencias sexuales e identitarias lo demuestran: somos el relevo y detrás de nosotras vendrán otras (vinieron otras, están otras), nuestra lucha es ya incontenible; porque, aunque en las manis cantamos aquello de «y luego diréis que somos cinco o seis», y aquí ocurra que somos efectivamente seis, fuera de este texto, en el mundo, somos multitud.

Referencias bibliográficas

- BUTLER, Judith (2010), *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Madrid.
- PRECIADO, Beatriz (2003), «Multitudes queer. Notas para una política de los “anormales”», *Multitudes. Revue politique artistique philosophique*, 12: <<http://multitudes.samizdat.net/Multitudes-queer>, 1465>.
- WITTIG, Monique (2005), «Some Remarks on *Les Guérillères*», *On Monique Wittig: Theoretical, Political and Literary Essays*, Narmascar Shaktini (ed.), University of Illinois Press, Champaign, pp. 37-43.
- (2006), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, Barcelona y Madrid.